

LAMENTACIONES
DE UN ARABE GRANADINO

I

Pastor, ¿por qué cobarde, teniendo el brazo armado,
huyes á las montañas y á los lobos les dejas
el redil y el rebaño que Dios te ha confiado?
¿Cuando el amo te pida cuenta de las ovejas

que fueron el orgullo de su rica cabaña,
qué le dirás, perjuro, que abandonas las vegas,
y las llaves de oro del encanto de España
á manos enemigas, armado y vivo entregas?

Desde un monte sus torres miras, deshecho en llanto,
y no ciegas de rabia, ni enmudeces de espanto...
Y en tanto que un recuerdo exista de Granada,

sus hijos desterrados maldecirán tu nombre...
Llora como una débil mujer avergonzada
ya que no la supiste defender como un hombre!

II

Señor: ¿Por qué olvidaste á tu más fiel caudillo?...
Violaron á tus puras vírgenes agarenas,
y á los niños de pecho pasaron á cuchillo,
y tus guerreros gimen arrastrando cadenas!...

Con sus ferrados cascos, los corceles cristianos,
rompieron los mosaicos de tus santas Mezquitas...
Nuestros ricos alcázares saquearon sus manos!...
Todo lo han profanado con sus plantas malditas!...

Señor: ¿Por qué dejaste tu pueblo abandonado?...
El estandarte verde del Islam han quemado
en medio de tus plazas... Granada, triste llora...

Parece que en morir de amargura se ufana,
no oyendo en tus mezquitas al muezzin que te implora
sino el bárbaro y ronco clamor de la campana!

III

Perdona los pecados de tu Ciudad, recreo
de la pupila humana, pues prodigaste en ella
todos cuantos deleites soñar puede el deseo,
y bien pudo llamarse entre las bellas, bella!

Ten piedad del profundo dolor de su quebranto,
y de su valerosa estirpe desterrada,
que hoy vaga en el desierto, bañando con su llanto
las llaves de sus ricas mansiones de Granada!

Ya bastante ha sufrido, Señor, no la abandones!
 Que vuelvan en sus torres á ondear tus pendones;
 y en sus fragantes cármenes broten nardos y dalias!...

Y vuelvan los creyentes y nobles nazaritas,
 tras gloriosos combates, á dejar sus sandalias
 á las doradas puertas de tus santas mezquitas!

IV

Señor, ¿porqué á tus hijos dejastes abandonados?...
 ¿Qué se hizo de tu fiero rebaño de leones?
 Al pie de sus corceles yacen, atravesados
 por lanzas enemigas los bravos corazones!

El vencedor tus santas mezquitas no respeta!...
 Nuestros antiguos siervos trocáronse en señores;
 y cautivas las hijas más nobles del Profeta
 ensillan los corceles de tus perseguidores!..

La ciudad de tus ojos, ha sido profanada!
 De pena van hundiéndose las torres de Granada...
 Se desploman sus techos para no ser testigos

de la crueldad de aquellos que en tus casas imperan,
 y las fuentes se secan como si no quisieran
 saciar la impetuosa sed de tus enemigos!

MOSAICOS

POR LA RAZA

En ocho heroicos siglos de guerra se ha forjado
tu espíritu indomable, ¡oh raza de metal!,
de oro y acero como ese damasquinado
que prodiga en sus forjas Toledo, la Imperial!...

De oro y de sangre como tu pendón gualdo y grana!...
Las dos razas más fuertes formaron tu blasón!...
Tu estirpe es luz y gloria, pues la loba romana
amamantó en sus ubres tu arábigo león!

Fanática y heroica, después de cruenta guerra,
pusiste tu cruz sobre el globo de la tierra,
dejando en todas partes tus inmortales rastros;

y hundiendo tus corceles en el remoto mar,
con la espada desnuda señalaste los astros,
como diciendo al cielo: —¿Hay más que conquistar?

PAISAJE URBANO

De la tarde que muere en la sierra vecina
la luz es un agónico y leve parpadeo...
Entre nubes de polvo, dejan en el paseo
los roncós automóviles un olor á bencina.

Tornan lentas familias de los parques cercanos;
la niña tras el aro, el chico tras la bola...
Dos novios se despiden y se aprietan las manos
bajo el trémulo círculo de luz de una farola!

Un vendedor ambula pregonando papeles...
 Pasa la trepidante campana del tranvía;
 y ejércitos de sombra asaltan los jardines,

mientras en la penumbra de los altos cuarteles
 fusilan á los tráfugas resplandores del día
 con cerradas y agudas descargas de clarines!

EL ÁLMIREZ

¡Oh, Almirez de alba frente y de perfil sereno,
 señor de mis montañas! Tienes nombre de Rey,
 y se hicieron tus vértices para que al sor del trueno
 diera Dios á los hombres las Tablas de la Ley!

A veces me pareces el casco de un guerrero
 que se levanta para poder atalayar
 si pasa — leve nube — la sombra un velero
 por la azul y lejana superficie del mar!

Y cuando se proyecta tu sombra sobre el llano,
bajo la Luna, finges la forma inmaculada
del Arcángel que al cielo conduce de la mano

— derramando en el aire la luz de sus vestidos —
las almas de los míseros que sorprendió la helada
y entre escarchas y nieves quedaron ateridos!

PRÓLOGO A UN LIBRO ANDALUZ

A tus vagos ensueños darán, lectora,
perfumes de claveles y de rosales
estos dulces poemas sentimentales
donde un alma sus muertos anhelos llora.

Cada verso es un labio que un beso añora;
y en sus ritmos dolientes y musicales,
la abeja del Recuerdo, labra panales
con las viejas ternuras que en sí atesora!

Es un libro sincero, un libro de esos
 donde como registro las almas dejan
 una tenue y piadosa cinta de besos...

Trátale con cariño... Cada poesía
 es un lago sereno donde se espejan
 el alma y los paisajes de Andalucía!

LA BUENA COSECHA

I

Fué buena la cosecha
que me dieron las horas de este día...
Se desbordan los trajes... ¡Satisfecha
puedes dormir tranquila, ánima mía!...

Hoy cincelé un soneto
como un escudo, para ornar el peto
de un rubio y joven paje
que partió, con la luz de la alborada,
á llevar un mensaje
de lágrimas y besos á mi amada!

Y en pago he recibido
—que así pagan su deuda las hermosas—
un áspid escondido
entre guirnaldas de fragantes rosas,
que traicionero el corazón me ha herido!...

En comunión con la Naturaleza
he bendecido á Dios, con santo anhelo,
en ese templo de inmortal belleza
que no tiene más límites que el cielo!...

Mas al besar el suelo,
un hambriento alacrán que se encontraba
en el césped reseco agazapado,
clavó en mi boca, que á su Dios loaba,
su rápido aguijón emponzoñado!

Fué buena la cosecha
que recogí en las horas de este día...
Se desbordan los trajes... ¡Satisfecha
puedes dormir tranquila, ánima mía!

II

Como ese viento de la Primavera
— dulzor de mieles y calor de nidos —
que estremece y despierta los dormidos
verdores de la mustia sementera,

así al tibio recuerdo de tu aliento
— mieles de beso en copa de ambrosía —
en el Invierno de la carne mía
abrirse y florecer de pronto siento

todas las rosas del amor humano...
 Y de nuevo, febril y temblorosa,
 en gestos de lascivo desenfreno,

se tiende inquieta á tu jardín mi mano,
 soñando con cortar la viva rosa
 que brota en las colinas de tu seno!...

III

¡Oh, soledad suprema
 de lo inconsciente; soledad que quema
 y devora en silencio!... Entre tus brasas
 arde mi corazón, y ardiendo aroma:
 mirra en un incensario... ¿Por qué pasas
 sobre mi ardiente soledad, paloma
 que vienes del Recuerdo? Tu plumaje
 húmedo de diamantes de rocío,
 me evoca la frescura de un paisaje
 en el espejo de cristal de un río!...

IV

¡Oh, nuestro amor! ¡Quién dijera
que tan pronto se extinguiera!...

Fué nuestra amante ilusión,
por los labios al pasar,
como una alegre canción
que muere sin terminar...

¿A cantarlo volveremos?..
¿Dónde lo terminaremos?..

No sé, pero ten presente,
 que por más que dulcemente
 la cantes, por más poesía
 que le puedas infiltrar,
 nunca la podrás cantar
 cual la cantaste aquel día!

V

De las bronceínas fauces
 de un león, fluye el agua,
 de la marmórea fuente
 sobre la concha blanca.

Un rosal se deshoja
 sobre la fuente... Canta
 un ruiseñor; y el canto,
 y el perfume, y el agua,

todo flota en el oro
de la tarde... Mi alma
es un perfume leve,
es una hoja blanca
de rosa, que temblando
desciende sobre el agua!...

VI

Pienso en ti como en una princesa asesinada
que mataron los celos porque no fuese mía,
sin que estrechar pudieses mi mano en tu agonía,
ni darme un largo y último adiós con la mirada.

En un vago crepúsculo de dolor y de olvido
alguien, amortiguando los pasos en la alfombra,
hasta mis soledades llegó como una sombra,
á verter, gota á gota, su ponzoña en mi oído.

Y marchóse de súbito, cortés y sonriente,
comentando mi pena con silbos de serpiente...
Y yo quedé en las sombras, mesándome el cabello...

Me ví trágico y pálido... Y sentí la alegría
de ir lento entre mis manos estrangulando un cuello,
para vengar la muerte de la esperanza mía!

DE LAS VIEJAS VENDIMIAS